

les pidió su auxilio, les señaló el camino de Roma, las vió impasible destruir los grandes monumentos, inmolar los piadosos católicos; y entre ruinas y cadáveres volvió á sentarse en el trono terrenal, mantenido por las bayonetas de las legiones extranjeras.

Desde el dia en que volviera Pio IX de la proscripción á Roma, en hombros de extranjeras legiones, no podia representar el espíritu evangélico de los primeros cristianos, sino el espíritu teocrático de los antiguos pontífices asiáticos. Y todavía no saben los que profesan con fé y sinceridad la religion cristiana, cuánto podrian conmover al mundo aliándola con la libertad. En la historia moderna ha sucedido que los católicos puros detestaran la libertad, mientras los llamados liberales católicos cayeran en la herejía, sin haber logrado ni unos ni otros reconciliar el espíritu de nuestro siglo con la religion de nuestros padres. Y el antiguo y el nuevo Testamento guardan tradiciones republicanas.

Sabido es que en la organizacion de la tribu ilustre de Judá representaban los reyes la confusion de las tradiciones mosáicas con las ideas y los ritos de los demás pueblos, en tanto que el profeta representaba con el austero vigor republicano, la idea pura de Israel. Lo repito; puede la moderna elocuencia tribunicia sacar acentos

republicanos de las Sagradas Escrituras, como los sacaron aquellos fundadores de la democracia americana, cuyo renombre, á manera de todas las glorias sólidas, se aumenta con los siglos.

El pueblo de Israel pidió rey, y Dios quiso negárselo. Una y otra advertencia les dirigió á los suyos el Dios de Abraham por boca de Samuel. Un rey sólo servirá para oprimiros y para deshonraros; para haceros sus soldados, sus palafreneros y sus lacayos; para escupir su saliva á vuestra frente y mezclar su hiel en la levadura de vuestro pan; para convertir los hijos de Israel en sus bestias de carga, á fin de que le forjen así los instrumentos de guerra como los instrumentos de labranza, y cultiven sin descanso en provecho régio, con sudor los campos de trigo, con sangre los campos de batalla. Él se llevará vuestras hijas para que le diviertan, y le perfumen, y le embriaguen con sus besos y le hechicen con sus cánticos; vosotros sembrareis, y él segará; vosotros plantareis, y él cosechará; vosotros trabajareis, y él gozará; vuestros campos le servirán para granjearse á sus cortesanos, y vuestras vendimias para emborrachar á sus eunucos. Vuestros ganados le pertenecerán, y vosotros mismos no pasareis jamás de ser, bajo su cetro, un rebaño de siervos.

La emocion que una voluntariedad liberal de

Pio IX ha producido en el mundo, prueba hasta qué punto las ideas progresivas descenderían sobre las conciencias de las muchedumbres si las difundiese la Iglesia. Pero ¡ah! el corazón se entristece cuando siente que si el Papa elevára su voz contra los reyes, la elevaría en nombre de principios más reaccionarios que los principios monárquicos, en nombre de aquella teocracia, cuya tutela rompió Europa en cuanto comenzára á dibujarse la vida civil y á madurar la razón humana. Esas monarquías son hoy odiosas, porque no corresponden al estado de nuestra civilización y cultura, á la esencia misteriosa del espíritu moderno; pero una de las causas de la supervivencia de esas instituciones, una de las causas primeras, es el ataque tremendo que dieran á la teocracia, al predominio político del elemento sacerdotal sobre las sociedades humanas. Mientras la monarquía creaba estos principios civiles, parapetábase la teocracia tras sus privilegios religiosos, y persistía en tener esclavizada la inteligencia. Por eso los reyes viven, porque lucharon con los Papas, porque disolvieron los templarios, porque expulsaron los jesuitas, porque opusieron á la vida teocrática la vida civil. La voz del Pontífice cuando combate la libertad de los pueblos modernos, la independencia de Italia, la secularización de las sociedades europeas, ¡ah! es una

voz de las tumbas, que se pierde en el espíritu independiente del siglo décimonono, cuya conciencia jamás, jamás transigirá con la teocracia, con ese espectro de la Edad Media.

El hombre, capaz de soñar con restauración pontificia, así en contra de los reyes como en contra de los pueblos, ¡ah! es el cardenal Antonelli, á quien yo por vez primera ví el Domingo de Ramos de 1866 en la Basílica de San Pedro. A un guardia noble, que á mi lado se encontraba, preguntéle por el cardenal, y le dije que me lo mostrára al pasar. Trasládome con amabilidad, cuyo recuerdo aún obliga mi gratitud, de un lado á otro, para colocarme entre la fila de soldados, delante de la cual forzosamente habia de detenerse el vicario del vicario de Cristo. Cierta francés, que cerca de mí estaba, acompañado de finísima é inteligente señora, asocióse á mi deseo de escudriñar la fisonomía del cardenal, desde aquel sitio, á donde le llevára ó la casualidad ó el instinto. Era muy comunicativo el francés, y hacia sobre todo miles de observaciones, graciosas unas, impertinentes otras, excesivas todas, que moderaba la señora su compañera, con grande oportunidad. Aquel charlatan tenia un ídolo en literatura, Enrique Heine, y un ódio en política, el cardenal Antonelli.

El día era caluroso, á pesar de ser uno de los

primeros de Abril; y mi interlocutor, que acababa de atravesar jadeante la gran plaza de San Pedro, decia limpiándose el sudor: ¡qué calor fuera, y qué fresco dentro de la Basílica! Tiene razon Heine; cuando en dias estivales y sofocantes como este, acertais á entrar en una catedral, no podeis ménos de decir: ¡qué bella religion de verano es el Catolicismo! Al venir hácia aquí, me encontré un campesino apaleando á bíblico asno, y le dije al pobre animal, acordándome de Heine: padece, padece, que por eso comieron tus padres cebada prohibida en el paraíso. Y eso que Roma no puede compararse con el paraíso descrito por el gran poeta, donde los girasoles dan pasteles, y las aves van á buscaros ya asadas y aderezadas con la salsera en el pico.

Yo, al oír toda aquella garrulería, dicha con los ojos puestos en mí, contrastada sólo por los tirones de manga que la señora propinaba al impío, traté de mudar la conversacion, y le dije: ¿Conoceis personalmente al cardenal Antonelli?

—No lo conozco personalmente, pero me lo figuro. Moralmente lo sé de memoria, por haber leído á Liverani.

—No conozco ese autor.

—Es un canónigo de Santa María la Mayor, verdadero sacerdote; por su conciencia todo un hombre piadoso, por su vida todo un austero ana-

coreta; por su origen un campesino convertido al sacerdocio. La agricultura es propicia á los prelados y dignatarios de la Iglesia. Sixto V no sólo fué pastor, sino hijo de jardinero. Y la escuela católica es de tal suerte pueril, que ha elevado á cuestion de primer órden probar que guardó cabras, en vez de guardar cerdos, y que los animales puestos bajo su cayado eran, no de ajeno dueño, sino de su padre.

—¡Qué empeño tienes, Enrique, dijo la señora, en denigrar el Catolicismo en su misma capital y en su gran Basílica!

Yo, por apoyar á la señora en sus observaciones, le dije:

—Es necesario ver estos grandes monumentos con la inteligencia llena de las ideas que despiden de cada una de sus piedras. Para ver la aljama de Córdoba, hay que inspirarse en el espíritu semítico; y para ver el Parthenon de Atenas, en el espíritu pagano.

Comprendió el francés toda la trascendencia de mi observacion, y se amostazó un tanto.

—Si algo me demuestra con demostracion irrefragable la decadencia del Catolicismo, es la nimiedad con que suele darse carácter anti-católico á toda observacion más ó ménos justa sobre el pontificado y su córte. ¿Tendrá algo que ver con los dogmas la naturaleza del ganado que guar-

dára Sixto V? ¿Será más ortodoxo y eclesiástico el ganado de lana que el ganado de cerda?

Yo, conviniendo en la justicia y hasta en la gracia de semejante observacion, volví la hoja y pregunté por el libro de Liverani.

—Está dedicado al señor conde de Montalembert, que quiere la restauracion, es decir, Milan, Venecia bajo las espuelas de los croatas; el cuadrilátero puesto como una herradura austriaca sobre las armas de Italia; y todos los patriotas dispersos y errantes por el mundo.

—No estaremos mucho tiempo en Roma, dijo la señora; tus imprudencias nos expulsarán pronto.

—No temas. Hablamos en francés y no nos entienden. Un amigo que acaba de departir con el cardenal Antonelli me ha dicho que habla detestablemente el francés. Y si el cardenal Antonelli habla detestablemente el francés, figuraos cómo lo hablará y cómo lo entenderá la gente menuda.

—Hablad, hablad, le dije yo.

—Nada de extraño tiene que así Antonelli se exprese en el idioma de la revolucion, cuando se expresa igualmente mal en el idioma de la teología. En los maitines de Navidad, por 1859, cuenta el Padre Liverani haberle oído cantar *érutus de potestate tenebrarum*, poniendo el acento en la segunda sílaba, cuando debió cantar

*érutus de potestate tenebrarum*, poniendo el acento en la primera sílaba.

El latin pronunciado por los franceses resulta á nuestros oídos una lengua casi ininteligible; y así es que no pude ménos de reirme al oír criticar en tan pésima pronunciacion aquella falta de gramática.

—Lo que Antonelli sabe profundamente es economía doméstica. Sonnino, su villa natal, se ha convertido en la metrópoli burocrática de los Estados Romanos. Aquello es un plantel de empleados. Giacomo Antonelli, secretario de Estado y prefecto de los santos palacios apostólicos, natural de Sonnino; el conde Fillippo Antonelli, consejero de Hacienda, natural de Sonnino; el conde Luigi Antonelli, conservador de Roma, natural de Sonnino. Podía escribirse una letanía de Antonellis. Como Diocleciano era César, Diocleciano pontífice, Diocleciano tribuno, Diocleciano cónsul; Antonelli es administrador, Antonelli hacendista, Antonelli diplomático, Antonelli militar, Antonelli cardenal, Antonelli enemigo de la civilizacion moderna, Antonelli monopolizador del Espiritu Santo, Antonelli Papa del Papa.

Yo comprendí que la gárrula conversacion del francés me comprometia, y como empujado por grande oleada de gentes, apartéme de aquel sitio, cuando un rumor me advirtió que venia el

Santo Padre. Pasó á mi lado, deteniéndose por algunos minutos ante mí el cardenal Antonelli, juntamente con la procesion de cardenales y obispos, que en parte precede al Papa, y en parte rodea sus andas. Parecióme Antonelli alto, fuerte, cazador y no cardenal, montañés y no cortesano. Los ojos de ave nocturna, la nariz prominente, los labios gruesos, el color cetrino, la fisonomía ruda, el carácter atrevido, la complexión vigorosa, y los ademanes y el gesto, quizá por aprension mia, acusando el hombre acostumbrado de antiguo á mandar con imperio y á ser obedecido sin resistencia. Pero debo tambien decirlo; parecióme un hombre de gran vulgaridad.

Yo recordaba mis lecturas históricas, recordaba la série de aquellos cardenales ilustres, de aquellos ministros pontificios, descritos en la admirable historia de los Papas durante los siglos décimosexto y décimoséptimo, por Ranke; obra, que tantos elogios ha merecido á los católicos más ardientes. Recordaba Gallio de Como, que dirigiera con habilidad la política en dos pontificados consecutivos; Rusticucci, tan severo en su conciencia como en su vida; Santorio, tenaz en las ideas, puro en las costumbres, enérgico para sus parientes, inflexible con los extraños, superior en su elevada soledad á todas las pasiones humanas; Madruzzi, el Caton del Sacro Colegio;

Sirlet, tan sabio en todas las ciencias, y especialmente en las ciencias filológicas, que departia con los doctores y con los niños, que compraba á los pastorcitos sus haces de leña, con la condicion de enseñarles la doctrina cristiana; Cárlos Borromeo, un santo, cuya memoria jamás se borrará del Milanesado, y de las montañas que avecinan al Lago Mayor; Torres, que concluyó la Liga contra los turcos, cuya victoria se llama la victoria de Lepanto; Belarmino, el primero de los controversistas y de los gramáticos; Maffei, el historiador de la conquista de las Indias portuguesas por el Cristianismo; Felipe de Neri, el fundador de la Orden de los preclaros oradores, que parecian llamados á restaurar la religion en la conciencia de Europa, cuando el gran constructor Sixto V regaba con el agua *felice* las colinas romanas, y las hacia florecer á un tiempo con bellos jardines y grandes monumentos; cuando Fontana erigia el obelisco ante San Pedro y lo remataba con la cruz de Cristo; cuando Patrizi armonizaba la teología católica con las tradiciones filosóficas, y Moisés con Hermes; cuando Torcuato Tasso emitia los últimos acentos de la Musa católica, y el Dominiquino y Guido Reni destellaban los últimos resplandores de la pintura; y al eco de la sublime música de Palestrina el espíritu eclesiástico se reanimaba y revivi-

via, como llamarada próxima á extinguirse.

Grün compara el cardenal Antonelli á los prelados de Benevento, que Montesquieu juzgó con extrema dureza y que, mientras el Papa Benedicto XIII rezaba ante la efigie de San Vicente Ferrer, corria de monasterio en monasterio, besaba las manos de los frailes, hacia extremas penitencias, despreciando todos los placeres y todas las pompas terrestres, dábanse á las ambiciones, á los lucros, y á las locuras del mundo. El carácter del Papa es la contradicción radical, radicalísima, con el carácter del cardenal de Sonnino, como el carácter de Benedicto XIII era la contradicción radicalísima con el carácter del cardenal de Benevento.

Pio IX, á quien eligiera un milagro; juzgóse llamado por Dios á hechos milagrosos, extraordinarios; y desde el primer día de su pontificado, tuvo la ambición del bien. Extremadamente sensible de alma, epiléptico de cuerpo, incapaz de exaltados odios, inocente en sus pasiones, puro en sus costumbres, de fantasía pronta, de lenguaje abundoso, de voz clarísima y sonora, fácil y hasta elocuente en sus improvisaciones, plácido en sus gestos, dulce y bondadoso en su mirada, místico hasta el éxtasis en sus oraciones y plegarias, majestuoso sobre el trono, artista al pié del ara, minuciosísimo en las ceremonias religiosas,

amador de las humanas pompas, devoto á sus destinos históricos y á su elevado ministerio; cree, en sus más grandes equivocaciones y errores, que Dios le inspira, que le guía Dios, y que interpreta su pensamiento, y expresa su voluntad sobre la faz de la tierra.

Él no enriquece á sus parientes, no atesora dinero, no pone tasa á la limosna, no se niega á ninguna audiencia por importuna que sea, no echa ningún cerrojo á su corazón siempre abierto, ni mordaza ninguna á sus labios, vibrando siempre, en toda ocasión, la idea que vaga por los espacios más recónditos de su conciencia. Conoce de los hombres más las apariencias que la naturaleza; de las ideas más la forma que el fondo; de su poder más el aparato que el prestigio; de su autoridad más el brillo que la fuerza; y acostumbrado á vivir en regiones donde parece un Dios, gústale oírse llamar todos los días: santo, santo, santo, y aspirar el humo del incienso. Pero en esas alturas, cuando declara dogmas de fé, cuando reúne concilios ecuménicos, cuando la Iglesia entera le llama superior á los errores humanos, cuando su pensamiento es divino como el Verbo, y sus labios sagrados como los oráculos; ¡ah! la nube que pasa, la electricidad de la atmósfera, los cambios bruscos de la temperatura en Roma frecuentísimos, influyen sobre sus nervios, sus ner-